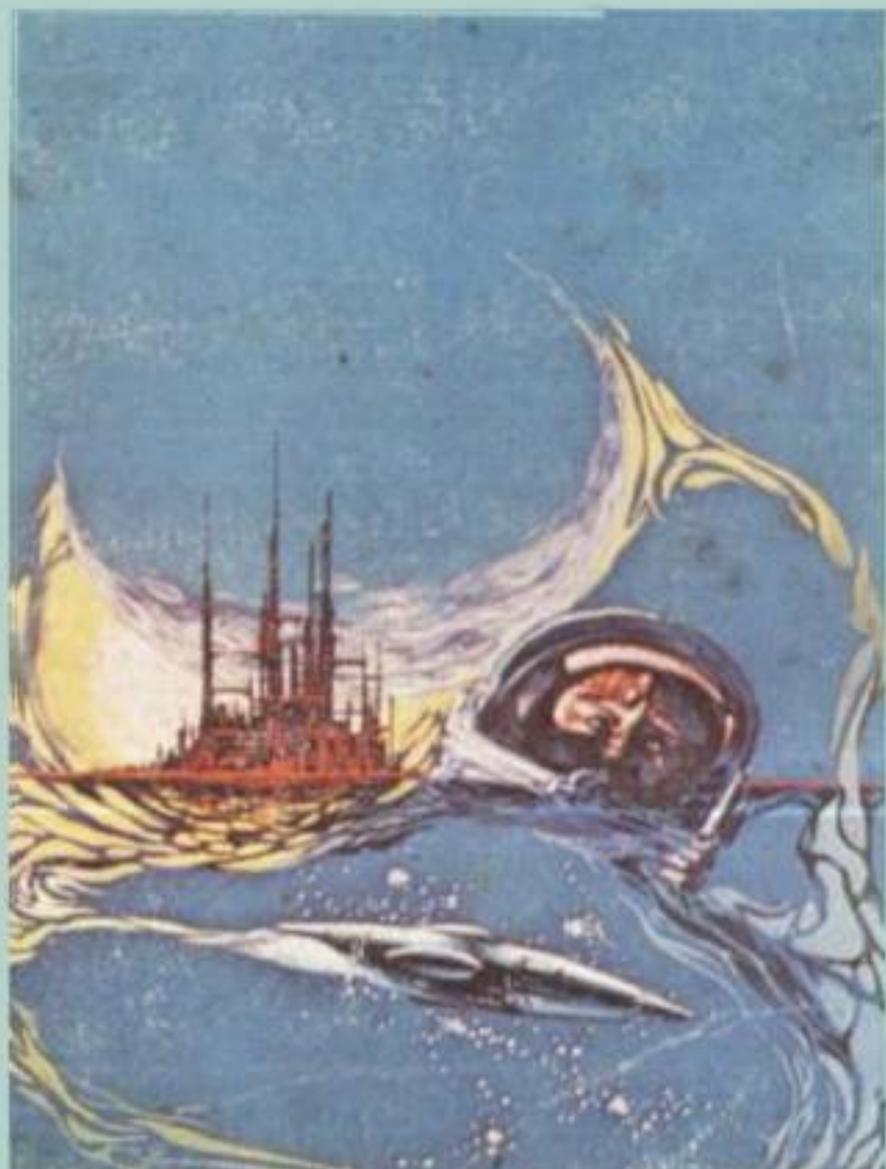


IMPERIO GALACTICO

SELECCION:
BRIAN W ALDISS

2



Algunas historias han sido inmerecidamente olvidadas desde su publicación las ahora desaparecidas revistas de ciencia ficción; las otras son de clásicos reconocidos. Todas ellas han sido colocadas con cuidado de modo que encajen lógicamente en la saga total de conquista del hombre de la galaxia, las guerras de Imperio, la disolución final y destrucción del mayor esfuerzo de la humanidad.

Dentro de la vertiente de la ciencia ficción llamada *Space Opera* tiene una importancia primordial el tema de los imperios galácticos. Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer.

Presentación

Dentro de la vertiente de la ciencia ficción llamada *Space Opera* —esa rama del género entre ingenua y visionaria— tiene una importancia primordial el tema de los imperios galácticos, del mismo modo que los reinos fabulosos juegan un papel básico en la narrativa heroica de todos los tiempos.

Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer...

Brian W. Aldiss, autor de *Barbagrís*, uno de los más importantes autores de ciencia ficción actuales y uno de los mejores conocedores del género, ha recopilado una extensa antología (que ofrecemos a nuestros lectores en cuatro volúmenes de los que este es el primero) que muestra las facetas más características y los distintos enfoques de esta fascinante temática a medio camino entre lo especulativo y lo legendario. Cada volumen está dividido a su vez en dos partes, con lo que la antología completa consta de ocho selecciones, dedicadas a otros tantos aspectos básicos del tema.

Los autores incluidos en este y los otros volúmenes no necesitan presentación. La mayoría de los grandes maestros están aquí: Clarke, Anderson, Asimov, Simak, Blish, Van Vogth..., pues pocos son los autores que no se hayan sentido atraídos en un momento u otro por este tema grandioso y singular.

Por supuesto, los cuatro volúmenes son totalmente independientes, ya que todos los relatos lo son entre sí. Juntos, sin embargo, constituyen la más completa y representativa antología jamás realizada sobre una de las ramas más sugestivas del género.

CARLO FRABETTI

Introducción

En este segundo tomo de nuestra antología en cuatro dedicada al tema de los imperios galácticos —tomos totalmente independientes entre sí, si bien juntos componen un grandioso y coherente retablo cósmico—, nos enfrentamos con dos nuevos aspectos de la cuestión, situados ya en el marco de imperios o confederaciones galácticas consolidadas.

En el primer apartado, cuyo asunto básico es la política interestelar, destacan (no precisamente por su calidad, pero sí por su representatividad) los dos primeros relatos. El de Cordwainer Smith, uno de los autores más profunda y solapadamente reaccionarios del género (no en vano fue consejero militar del nefasto Kennedy), representa con especial claridad el estancamiento de aquella rama de la ciencia ficción que, incapaz de librarse de antiguos mitos y prejuicios, se sitúa en un futuro pretextual para, con un lirismo necesariamente barato, entonar un grotesco canto a los «valores eternos». Para el lector mínimamente lúcido, el uso que hace Smith de los símbolos y recursos narrativos de la ciencia ficción resulta tan espúreo y repelente como la palabra libertad en boca del consabido político fascista disfrazado de demócrata. Y precisamente por eso es tan aleccionador como indispensable en una antología como esta.

El relato de Coppel, típica y colorista aventura de capa y espada del espacio, lleva al límite la divertida —y, forzoso es reconocerlo, sugestiva— incongruencia de un futuro en el que las naves espaciales coexisten con los caballeros de relucientes armaduras y los señores feudales. Por cierto, al

lector que recuerde la trilogía de las Fundaciones (Libro Amigo 385, 400 y 410) tal vez le asombre la referencia, al planeta Kalgan y a un desaparecido Primer Imperio, en el marco de un interregno de barbarie que sueña con un Segundo Imperio. Se trata de un claro «homenaje», recurso frecuente en el género: Coppel sitúa deliberadamente su narración en un escenario cósmico extrapolado a partir del descrito por Asimov en su trilogía.

Como acertado contrapunto, el segundo apartado de este tomo nos traslada de lo general a lo particular, de lo macrohistórico a lo cotidiano, sin que la reducción del escenario narrativo suponga en absoluto una disminución del interés o las implicaciones.

CARLO FRABETTI

3 CABALLOS EN LA BODEGA DE LA NAVE ESPACIAL

En un círculo tras otro, la civilización surgirá de la barbarie, la mecanización hará que la gente establezca contacto cada vez con menor facilidad, las guerras nacionales y las guerras de clase alimentarán las ansias de un mejor orden mundial, pero las alimentarán en vano. Desastre tras desastre, irá minando la fábrica de la civilización. Poco a poco, volverá a aparecer la barbarie. Y, un eón tras otro, el proceso seguirá repitiéndose...

OLAF STAPLEDON: Hacedor de estrellas

La visión sinóptica que tiene Olaf Stapledon del universo está muy lejos de los juegos y entretenimientos de las revistas de ciencia ficción. A pesar de todo, su aproximación cíclica fue generalmente adoptada. Su respetabilidad intelectual fue garantizada por Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*.

Las revistas de ciencia ficción, que comenzaron a aparecer con continuidad cuando Hugo Gernsback fundó su *Amazing Stories* en 1926, eran, en general, una especie de entusiastas adelantadas de la tecnología. Por mucho que los robots se volvieran locos, eran considerados como cosas buenas en sí mismas, que solo necesitaban ser controladas para conseguir un aumento de la felicidad humana. Pa-

rece ser que la última generación de escritores que produjeron la clase de ciencia fantástica incorporada a esta antología sostenía, en general, un punto de vista diferente. Su opinión puede ser sintetizada aproximadamente en las palabras de Arnold Toynbee: «Con el aumento de nuestro poder, aumentan también nuestro sentido de la responsabilidad y nuestro sentido de la desgracia». Toynbee ha dicho que el crecimiento de la ciencia y de la tecnología hace más aguda la disparidad entre lo real y lo ideal.

Si esto es así, el imperio galáctico ofrece una contribución a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo, compaginando, como lo hace, lo real con lo ideal. El que lo consiga a través del juego de las espadas, los extraños seres supurantes y los artilugios mecánicos es una indicación de que los autores no se están dirigiendo a los filósofos.

La advertencia ya ha sido expresada: tómese su imperio galáctico con una pizca de sal.

Es un globo llamativo lanzado por placer. Vea hasta qué altura llega antes de reventar.

Clifford Simak, sin embargo, sigue una línea recta cuando cuenta su historia de Selden Bishop, el inteligente terrestre que pasa todos sus exámenes, calificándose para un puesto en Kimon, ese planeta situado en el extremo del arco iris galáctico. Hubo un tiempo en que Simak fue el autor preferido de todos. Una narración contada por Simak era inconfundible. Cuando todo el mundo parecía estar describiendo héroes grandes y duros que salían para dar a las razas extrañas lo que se merecieran, Simak prefería contarnos la historia de este pequeño y viejo terrestre, sentado en su porche, cortando tranquilamente un palo en el momento en que llegaba el tipo verde. El tipo verde tiene una divertida máquina grande que baja de los cielos. Los dos se ponen a hablar y el pequeño y viejo terrestre coge una lata de aceite y arregla la divertida máquina grande del hombre verde. A cambio, el hombre verde hace que las plantas del pequeño y viejo terrestre crezcan mucho mejor de lo que

jamás consiguiera su vecino. O, si se dice con otras palabras, se consigue el mismo efecto. Simak fue el poeta del espacio rural. La gente se marchaba a Júpiter o a cualquier otra parte, dejando la Tierra tan verde y tan agradable como siempre. ¿Recuerdan Ciudad?

Inmigrante es un poco diferente. Pero tiene esa serenidad típica de Simak.

Seguramente, en alguna parte de Kimon tienen sentido común suficiente como para ponerse a cortar un palo en un porche.

Es una lástima decir algo sobre la narración de Idris Seabright. Que sea ella misma quien cuente la historia de la gente alada, que era realmente demasiado delicada para un imperio.

En general, los imperios tienen problemas. El imperio que Alfred Coppel nos describe solo se mantiene por los pelos. En él conviven las armas lanzarrayos y los espadachines.

El truco consiste en unir a los dos tipos de un modo convincente. Con un golpe audaz y temerario, Coppel nos presenta sus naves más rápidas que la luz cargadas a tope con guerreros y sus caballos, iluminados por humeantes lámparas de aceite. Apenas si se podía llevar más lejos lo pintoresco.

Cuando escribí a Coppel pidiéndole permiso para publicar aquí su relato, le mencioné su reciente novela de éxito *Treinta y cuatro Este*, y le pregunté si seguía recordando con afecto sus primeras historias de fantasía. Al parecer, así es. Más aún, aumentó *El rebelde de Valkiria* hasta convertirla en una trilogía de novelas, escritas bajo el seudónimo de Robert Cham Gilman. Si le gusta esta larga narración, puede tratar de encontrar la trilogía, cuyos volúmenes llevan los siguientes títulos: *El rebelde de Rhada*, *Los navegantes de Rhada* y *El Starkahn de Rhada*.

Al igual que Robert Gilman, Cordwainer Smith también es un seudónimo. Y, a propósito, también lo es Idris Seabri-

ght. Smith escribió varias historias centradas alrededor de su imperio antes de morir. Denominó a su gobierno La Instrumentalidad... un nombre apropiado, pues hay algo como de escalpelo en la extraordinaria imaginación de Smith. ¿Inventar toda una raza de gatos? ¿Arrojarlos a todos hacia atrás, en el pasado?

Absurdo. Extraño. Admirable.

La mayor parte de los escritores escriben sobre la vida como esta es, o bien como ellos creen que debería ser. Cordwainer Smith escribió sobre un cielo-e-infierno que a él le pareció más real que la vida misma.

Su bizarro comandante sale al exterior, junto con sus imaginarios compañeros...

EL CRIMEN Y LA GLORIA DEL COMANDANTE SUZDAL

(The crime and glory of commander Suzdal; 1964).

Cordwainer Smith

No lea esta historia. Vuelva la página rápidamente. La historia puede trastornarle. De todos modos, lo más probable es que ya la conozca. Es una historia muy perturbadora.

Todo el mundo la conoce. El crimen y la gloria del comandante Suzdal ha sido contada de mil formas diferentes. No llegue a pensar que la historia es realmente la verdad.

No lo es. De ningún modo. No hay la menor parte de verdad en ella. No existe ningún planeta llamado Arachosia, ni gentes llamadas klopts, ni un mundo denominado Catland, o País de los Gatos. Todo es imaginario. Nada de esto ocurrió, olvídense de esta historia, continúe y lea otra cosa.

El principio

El comandante Suzdal fue enviado en una nave-cáscara para explorar las regiones más alejadas de nuestra galaxia. Su nave era denominada crucero, pero él era el único hombre que había en ella. Estaba equipado con artilugios hipnóticos y cubos para darle la sensación de compañía. Era toda una gran multitud de gente amistosa, a la que podía convocar de acuerdo con sus propias alucinaciones.

La Instrumentalidad incluso le ofreció la posibilidad de elegir sus compañeros imaginarios, cada uno de los cuales fue encarnado en un pequeño cubo de cerámica que contenía el cerebro de un pequeño animal, pero en el que se había impreso la personalidad de un verdadero ser humano.

Suzdal, un hombre robusto y bajo de estatura, con una alegre sonrisa, se mostró muy directo en cuanto a sus necesidades:

—Deme dos buenos oficiales de Seguridad. Puedo arreglármelas para manejar la nave, pero si voy hacia lo desconocido, necesitaré ayuda para enfrentarme con los extraños problemas que puedan surgir.

—Nunca he oído hablar de un comandante de crucero que pidiera oficiales de seguridad —observó el oficial de carga, sonriéndole—, la mayor parte de la gente los considera una verdadera molestia.

—Eso me parece muy bien —dijo Suzdal—. Pero yo no los considero así.

—¿No quiere algún jugador de ajedrez?

—Puedo jugar al ajedrez todo lo que quiera —contestó Suzdal— utilizando los computadores desocupados. Todo lo que tengo que hacer es rebajar la carga de energía para que empiecen a perder. Si funcionan a plena potencia, siempre me ganan.

El oficial lanzó una extraña mirada hacia Suzdal. No fue una expresión exactamente maliciosa, sino más bien íntima y desagradable al mismo tiempo.

—¿Y qué me dice de otras compañías? —preguntó, dando un divertido acento cortante a su voz.

—Tengo libros —contestó Suzdal— algo así como un par de miles, Solo voy a estar fuera unos dos años del tiempo terrestre.

—Eso es algo subjetivo y local. Puede tratarse de varios miles de años —observó el oficial—, aunque el tiempo volverá a girar hacia atrás a medida que se vaya aproximando

de nuevo a la Tierra. Y, además, no estaba hablando de libros —repitió, con el mismo y divertido acento cortante.

Suzdal sacudió la cabeza con una momentánea preocupación, se pasó la mano por su pelo rojizo y sus ojos azules, de recto mirar, observaron directamente los ojos del oficial.

—¿A qué se refiere entonces, si no está hablando de libros? ¿Navegadores? Ya los tengo, por no hablar de los hombres-tortuga. Son una buena compañía, si se les habla lo bastante despacio y se les da el tiempo suficiente para contestar. No olvide que ya he estado fuera otras veces...

—Bailarinas —espetó por fin el oficial, expresando su oferta—. MUJERES. Concubinas. ¿No quiere nada de esto? Hasta podemos colocar en un cubo a su propia esposa e imprimir su mente en un cubo para usted. De ese modo, ella podría estar con usted cada una de las semanas que permaneciera despierto.

La expresión de Suzdal pareció la de un hombre que está a punto de escupir en el suelo, lleno del más profundo disgusto.

—¿Alice? ¿Se refiere a si quiero viajar por ahí con un fantasma de ella? ¿Cómo se podría sentir la verdadera Alice cuando yo volviera? No me diga que va a colocar a mi esposa en un cerebro de rata. Solo me está ofreciendo delirio. Ahí fuera tengo que mantener toda mi inteligencia, con el espacio y el tiempo rodando en grandes ondas a mi alrededor. Tal y como están las cosas, ya voy a estar bastante loco, no se olvide que ya he estado fuera otras veces. El regresar para poder ver a una Alice real va a ser uno de mis grandes factores de realidad. Eso me ayudará a volver a casa —en ese momento, la voz de Suzdal adoptó el tono de una pregunta íntima, cuando añadió—: No me diga que hay una gran cantidad de comandantes de crucero que emprenden largos viajes con esposas imaginarias. En mi opinión, eso sería bastante indecente, ¿lo hacen muchos?

—Estamos aquí para ayudarle a cargar su nave, no para discutir lo que hacen o dejan de hacer otros oficiales, a ve-

ces, pensamos que es bueno tener una compañera femenina en la nave, con el comandante, aunque solo sea imaginaria. Si alguna vez encontrara entre las estrellas algo que tuviera forma femenina, sería usted bastante vulnerable a ello.

—¿Mujeres entre las estrellas? ¡Tonterías! —exclamó Suzdal.

—Han sucedido cosas extrañas —dijo el oficial.

—Pero no eso —observó Suzdal—. Dolores, locuras, distorsión, pánico sin fin, un verdadero histerismo por la comida... sí, eso lo puedo concebir y me puedo enfrentar a ello. Sé que aparecerá. Pero mujeres... no. No hay ninguna. Amo a mi esposa. No sacaré a ninguna mujer de mi propia mente. Después de todo, tendré a bordo a la gente-tortuga, y esa gente procreará. Dispondré de una amplia y numerosa vida familiar que observar y en la que tomar parte, Hasta puedo organizar fiestas de Navidad para los más jóvenes.

—¿Qué clase de fiestas son esas? —preguntó el oficial.

—Solo un divertido y pequeño ritual antiguo sobre el que oí hablar a un Piloto Exterior. Se entregan regalos a todos los jóvenes, una vez por año subjetivo local.

—Parece bonito —admitió el oficial, con un tono de voz ya cansado—. ¿Sigue negándose entonces a tener una mujer-cubo a bordo? En realidad, no tendría por qué activarla al menos que no la necesitara.

—Usted no ha volado ninguna vez, ¿verdad? —preguntó Suzdal.

—No —contestó, con voz apagada, sonrojándose.

—Voy a estar pensando en cada una de las cosas que hay en esa nave. Soy una persona alegre, y muy amistosa, así es que déjeme solo con mi gente-tortuga. No son vivaces, pero son considerados y reposados. Dos mil o más años de tiempo subjetivo local es mucho tiempo. No me obligue a tomar decisiones adicionales, Ya tendré bastante

trabajo con manejar la nave. Déjeme solo, acompañado simplemente por mi gente tortuga.

Ya me las he arreglado bien con ellos en otras ocasiones.

—Usted, Suzdal, es el comandante —dijo el oficial de carga—. Nosotros haremos lo que usted diga.

—Estupendo —sonrió Suzdal—. Puede que, en este trabajo, se encuentre usted con una gran cantidad de tipos raros, pero yo no soy uno de ellos.

Los dos hombres sonrieron, mostrándose de acuerdo, y la carga de la nave quedó completada.

La nave en sí era dirigida por los hombres-tortuga, que envejecían muy lentamente, de modo que mientras Suzdal se dirigía hacia el extremo exterior de la galaxia, dejando pasar los miles de años —según la cuenta local—, mientras dormía en su cama de hibernación los hombres-tortuga engendraban una generación tras otra, enseñaban a sus hijos a manejar la nave, les contaban historias de la Tierra, que ellos nunca volverían a ver, y leían correctamente las computadoras, despertando a Suzdal únicamente cuando surgía la necesidad de la intervención humana y de la inteligencia del ser humano. Suzdal se despertaba de vez en cuando hacía su trabajo y se volvía a dormir.

Tenía la sensación de que solo habían transcurrido unos pocos meses desde que saliera de la Tierra.

¡Meses!, hacía ya más de diez mil años subjetivos que había emprendido el viaje cuando se encontró con la cápsula sirena.

Parecía una cápsula de socorro ordinaria. La clase de cosa que se disparaba a menudo a través del espacio para indicar alguna complicación del destino del hombre entre las estrellas. Aparentemente esta cápsula había atravesado una inmensa distancia y, a partir de la cápsula, Suzdal se enteró de la historia de Arachosia.

La historia era falsa. Los cerebros de todo un planeta — el genio salvaje de una raza desgraciada y malevolente—